PLACERES
DE LA MELANCOLIA.

Yo lloraré, pero amaré mi llanto,
Y amaré mi dolor.

QUINTANA.

FRAGMENTOS.

I.

No es dado al hombre de su débil frente
Las penas alejar y los dolores,
Ni por campos de mirtos y de flores
Dirijir el torrente de la vida.
De las pasiones el aliento ardiente
La enajena tal vez, y breves horas
En ilusiones férvidas perdido
Osa creerse feliz. ¿Quién no ha sufrido
La fiebre del amor, ni qué alma helada
No probó la dulzura emponzoñada
Que en el beso fatal vierte Cupido?
Yo adoré la beldad: cual sol de vida
Lució á mis ojos, y bebí encendido
El cáliz del amor hasta las heces.
Mi alma fogosa, turbulenta y fiera,

En todos sus placeres y deseos
Al estremo voló: tibias pasiones
Nunca en ella cupieron. . . . Mas ¡ay! pronto
Siguió á los goces y delirio mio
La saciedad, el tedio devorante,
Como sigue de Otoño al sol brillante
El del Invierno pálido y sombrío.
Tal es la suerte del mortal cuitado:
Ajitarse y sufrir, despues que siente
El vigor de su pecho quebrantado
Por su escesivo ardor, que al fin agota
Del sentimiento la preciosa fuente.
¿Qué hará el triste? Las flores de la vida
Al soplo abrasador de las pasiones
Marchitas sentirá. Do quier que mire
Será el mundo á sus ojos un desierto,
Y el misterioso abismo de la tumba
Será de su esperanza único puerto.
Así el piloto en tempestosa noche
Solo distingue entre su denso velo
El mar furioso y el turbado cielo.
Entonces tú, gentil Melancolia,
Serás bálsamo dulce que suavice
Su árido corazon y le consuele,
Mas que el plácido llanto de la noche
A la agostada flor. Yo tus placeres
Voy á cantar, y tu favor imploro.
Ven: tonos blandos á mi voz inspira;

Enciéndala tu aliento, y de mi lira
Tiempla con languidez las cuerdas de oro
¿Quién en adversa ó próspera fortuna
No se abandona al vago pensamiento
Cuando suspira de la tierra el viento,
Y de Cuba en el mar duerme la luna?
¿Quién no ha sentido entonces dilatarse
Su corazon, y con placer llevarse
A mil cavilaciones deliciosas
De ventura y amor? ¡Con qué deleite
En los campos bañados por la luna
Siguen nuestras miradas pensativas
La sombra de las nubes fugitivas
En océano de luz puro y sereno!
¡Qué encanto hay en la calma de la noche,
Del hondo mar en la distante furia,
Y halaga al corazon! Melancolia,
Tú respiras allí: tu faz amable,
Velada entre vapores trasparentes,
Sonríe con ternura al que en tu seno
Busca la paz, y al que de penas lleno
Se acoje á tí, con mano compasiva
Del rostro enjugas el sudor y llanto.
Mas la disipacion furiosa en tanto,
En sus bailes y juegos y festines,
Hace beber de tedio triste copa
A los que por su halago seducidos
Buscan entre sus pérfidas caricias

Gozo y felicidad, Mustios, rendidos,
Maldecirán al sol, y á sueño ansioso
La frente atormentada reclinando
La suerte trocarán del bello dia.
Ansia falaz, funesta, ¡cómo impía
Me desecaste el corazon! ¡Oh tiempo
De ceg e lad y de furor. . . .! Insano,
En tormento sin fin buscaba dicha,
Paz en eterna turbacion. . . .—Empero
A mis ojos el sol brilla mas puro
Desde que ya, mas cuerdo, no alimento
De mi sangre el ardor calenturiento,
Soñando gozos y placer futuro.
De la grata ilusion perdí el encanto,
Pero hallé de la paz el bien seguro.

II.

Dulce es la soledad, en que su trono
Asienta la feliz Melancolia.
Desde la infancia venturosa mia
Era mi amor. Aislado, pensativo,
Gustábame vagar en la ribera
Del ancho mar. Si los airados vientos
Su seno hinchaban en tormenta fiera,
Mil pensamientos vagos, tumultuosos,
Me ajitaban tambien, pero tenia
Deleite inesplicable, indefinido,

Aquella confusion. Cuando la calma
Reinaba en torno, y el espejo inmenso
Del sol en Occidente reflejaba
La noble imájen en columna de oro,
Yo en estásis feliz la contemplaba,
Y eran mis escondidos pensamientos
Dulces, como el silencio de los campos
De la luna en la luz. Y los pedantes,
Azotes de la infancia, que querian
Subyugar mi razon á sus delirios,
Fieros amenazándome decian:
Este niño holgazan y vagamundo
Siempre necio ha de ser. Y yo temblaba;
Mas no los maldecia,
Sino de ellos huia,
Y en mi apacible soledad lloraba.

. . . . . .

III.

¡Oh, si Dios de mis males apiadado
Las alas de un espíritu me diera!
¡Cuál por los campos del espacio huyera
De este mundo tan bello y desdichado!
¡Oh si en él á lo menos me ofreciera
Una muger sensible, que pudiera
Fijar mi corazon con sentimientos
Menos vivos tal vez, menos violentos
Que los que enciende amor, pero mas dulces

Y duraderos. En su ingenua frente
El candor y la paz me sonreirian:
De este esceso de vida que me agobia
Me aliviara su amor. Su voz piadosa,
De aqueste pecho en la profunda herida,
Bálsamo de consuelo derramara,
Y su trémulo acento disipara
Las tinieblas de mi alma entristecida.
Encarnacion de mi ideal esposa,
¡Cómo te adoraré....! No por mas tiempo
Me hagas ansiarte y suspirar en vano:
Mira que vuela mi verdor lozano.
¡Ay, ven, y escucha mi rogar piadoso...!

IV.

¿Quien placer melancólico no goza
Al ver al tiempo con alada planta
Los dias, los años y los siglos graves
Precipitar en el abismo oscuro
De lo que fué? Las épocas brillantes
Recorro de la historia....¡Qué furores!
¡Cuadro fatal de crímenes y errores!
Do quier en sangre tíñense las manos:
Los hombres fascinados ó furiosos,
Ya son juguetes viles de facciosos,
Ya siervos miserables de tiranos.
Pueblos á pueblos el dominio ceden;

Y del orbe sangriento, desolado,
Desaparecen, como en mar airado
Las olas á las olas se succeden.
De Babilonia, Ménfis y Palmira
Entre los mudos restos, el viajero
Se horroriza de ver su estrago fiero,
Y con profunda lástima suspira.
¡Campos americanos! en vosotros
Lágrimas verterá. ¿Qué pueblo ignora
Vuestro nombre y desdicha? Circundado
Por tenebrosa nube un hemisferio,
Ocultábase al otro: mas osado
Forzó Colon el borrascoso imperio
Del Océano feroz. La frágil nave
Por los yermos de un mar desconocido
En silencio volaba: la vil chusma
Pálida, yerta, con terror profundo,
A la patria querida
Tornaba ya la resonante prora,
Cuando á sus ojos refulgente aurora
Las playas reveló del nuevo mundo.
¡Hombres feroces! La severa historia
En páginas sangrientas eterniza
De sus atrocidades la memoria.
Al esfuerzo terrible de su espada
Cayó el templo del sol, y el trono altivo
De Acamapich.... Las infelices sombras
De los reyes aztecas olvidados

A evocar me atreví sobre sus tumbas,
Y del polvo á mi voz se levantaron,
Y su inmenso dolor me revelaron.
¿Dó fué la raza candorosa y pura
Que las Antillas habitó?—La hiere
Del vencedor el hierro furibundo,
Tiembla, gime, perece,
Y como niebla al sol desaparece.
Sediento de saber, infatigable (*),
Del Tíber, del Jordan y del Eurótas
Las aguas beberé, y en sus orillas
Asentado en escombros solitarios
De quebrantadas míseras naciones,
Me daré á meditar: altas lecciones,
Altos ejemplos sacará mi mente
De su desolacion: ¡cuánto es sublime
La voz de los sepulcros y ruinas!
Allí tu inspiracion pura y solemne,
¡Oh musa del saber! mi voz anime.
Y tú tambien, genial MELANCOLIA,
Me seguirás do quiera suspirando,
O en mi lecho tu frente reclinando,
Harás á mi descanso compañía.

(*) Esto se escribia en principios de 1825, hallándose el autor próximo á emprender un viaje largo por algunos paises de Europa y Asia.

V.

¡CUANTO es plácida y tierna la memoria
De los que amamos, cuando ya la muerte
A nuestro amor los arrancó! La tumba
Encierra las inmóviles cenizas;
Los ligeros espíritus pasean
En el aire sereno de la noche
En torno de los que aman, y responden
A sus dulces recuerdos y suspiros
En misteriosa comunion. Creedme;
No lo dudeis: por esto son tan dulces
Las solitarias lágrimas vertidas
En la tumba del padre, del esposo
O del amante, y el herido pecho
Ama su llanto y su dolor piadoso.
¡Oh tú, que para mí fuiste en la tierra
De Dios augusta imájen! ¡Cuántas horas
Desde el momento que cerró tu vida
Por mí pasaron, llenas de amargura
Y de intenso dolor! Sombra querida
Del mejor de los padres, en el cielo
Recibe de mi pecho lastimado
La eterna gratitud. Mi dócil mente
Con atencion profunda recojia
De tu boca elocuente en las palabras
El saber, la verdad: aun de tu frente
En la serena majestad leia

Altas lecciones de virtud. Tus pasos,
Tus miradas, tu voz, tus pensamientos
Eran paz y virtud. ¡Con qué dulzura
De mi pecho impaciente reprimias
El ardimiento, la fiereza. . . ! El cielo
Contra el ciego furor de los malvados,
Sirviéndote de asilo, me dejara
Entre borrascas mil. . . ¡Ay! á lo menos
Iré á morir en tu sepulcro, y junto
A tu polvo sagrado
Reclinaré mi polvo atormentado,
Que al eco de tres sílabas funestas
Aun allí temblará. Mas tu memoria
Será, mientras respire, mi consuelo,
Y grato y dulce el solitario llanto
Que la consagre, mas que gozo alguno
Del miserable suelo.
¡No me abandones, PADRE, desde el cielo!

VI.

¡PATRIA. . .! ¡Nombre cual triste delicioso
Al peregrino mísero, que vaga
Lejos del suelo que nacer le viera!
¡Ay! ¿Nunca de sus árboles la sombra
Refrescará su dolorida frente?
¿Cuándo en la noche el músico ruido
De las palmas y plátanos sonantes

Vendrá feliz á regalar mi oïdo?
¡Cuántas dulzuras, ay, se desconocen
Hasta perderse! No: nunca los campos
De Cuba parecieron á mis ojos
De mas beldad y gentileza ornados,
Que hoy á mi congojada fantasía.
¡Recuerdo triste de maldad y llanto!
Cuando esperaba paz el alma mia,
Redobló la fortuna sus rigores,
Y de persecucion y de furores
Pasó tronando el borrascoso dia.
Desde entonces mis ojos anhelantes
Miran á Cuba, y á su nombre solo
De lágrimas se arrasan. Por la noche
Entre el bronco rujir del viento airado
Suena el himno infeliz del desterrado.
O si el Océano inmóvil se adormece
De Junio y Julio en las ardientes calmas,
Ansioso busco en la distante brisa
La voz de sus arroyos y sus palmas.
¡Oh! no me condeneis á que aquí gima,
Como en huerta de escarchas abrasadas
Se marchita entre vidrios encerrada
La planta estéril de distinto clima.
Mi entusiasmo feliz yace apagado:
En mis manos ¡oh lira! te rompiste.
Cuando sopla del Norte el viento triste,
¿Puede algun corazon no estar helado?

¿Dó están las brisas de la fresca noche,
De la mágica luna inspiradora
El tibio resplandor, y del naranjo
Y del mango suavísimo el aroma?
¿Dónde las nubecillas, que flotando
En el azul sereno de la esfera,
Islas de paz y gloria semejaban?
Tiende la noche aquí su oscuro velo;
El mundo se adormece inmóvil, mudo,
Y el aire punza, y bajo el filo agudo
Del hielo afinador centella el cielo.
Brillante está á los ojos, pero frio,
Frio como la muerte. Yo lo admiro,
Mas no lo puedo amar, porque me mata,
Y por el sol del trópico suspiro.
Vuela, viento del Norte, y á los campos
De mi patria querida
Lleva mi llanto, y á mi madre tierna,
Murmura mi dolor. . . .

VII.

A tí me acojo, fiel MELANCOLIA,
Alivia mi penar á tí consagro
El resto de mi vida miserable.
Siempre eres bella, interesante, amable,
Ya nos renueves los pasados dias,
Ya tristemente plácida sonrías

En la pálida frente de una hermosa,
Cuando la enfermedad feroz anuble
Su edad primaveral. Benigna diosa,
Tu bálsamo de paz y de consuelo
Vierte á mi alma abatida,
Hasta que vaya á descansar al cielo
De este del rio que se llama vida.